

LOS 50 AÑOS DE RECEPCIÓN DEL CONCILIO EN LA IGLESIA DE AMÉRICA LATINA

Dom Demetrio Valentini

INTRODUCCIÓN

Agradezco la invitación para reflexionar con ustedes un asunto que puede ser visto desde muchos ángulos, diferentes y complementarios: el impacto del Concilio Ecuménico Vaticano II en la Iglesia de América Latina. Por lo tanto, un intento de mirar un acontecimiento de ámbito mundial, el Vigésimo Primer Concilio Ecuménico de la historia de la Iglesia, pero visto desde el caminar eclesial de un Continente, la Iglesia en América Latina.

Habría muchos episodios interesantes del proceso conciliar que podrían ser objeto de nuestra curiosidad histórica. Pero nuestro interés no es meramente histórico. Se trata, en verdad, de verificar cómo el proceso conciliar intervino en la Iglesia de América Latina, y ver cómo podemos apropiarnos de este proceso, para continuar nuestro caminar eclesial. Solo vale la pena recordar hechos si ellos iluminan la realidad actual, y pueden servir como punto de referencia para discernir y juzgar los nuevos pasos a dar.

Por lo tanto, propongo mirar al Concilio, a partir de su incidencia sobre la Iglesia en América

Latina, partiendo de su recepción más que del gran evento histórico amplio, que fue el Concilio Vaticano II. Pero aún así es importante vincular la situación actual con el acontecimiento histórico del Concilio. Después de 50 años de su realización, el Concilio corre el riesgo de ser ignorado u olvidado.

En la última asamblea de la CNBB, en abril de este año, tuve un susto cuando me di cuenta de que ninguno de los 300 obispos titulares del Brasil habían participado en la sesión de apertura del Concilio, el 11 de octubre de 1962. En 50 años, el tiempo se llevó a toda una asamblea de la CNBB! El susto y la sorpresa fue mayor porque me vi a mí mismo como el último sobreviviente de una generación de obispos que vivieron el clima especial en torno a la apertura del Concilio!

El día 11 de octubre 1962 tuve la suerte de estar en la Basílica de San Pedro, y acompañar de cerca ese momento histórico de la inauguración oficial del Concilio. Fue una experiencia singular, que aún recuerdo vivamente. Yo había ido temprano a la Plaza de San Pedro para ver de cerca la procesión de los 2.500 obispos que habían acudido al Concilio.

Fue entonces cuando tuve mucha suerte, me saqué la lotería: el fraile Boaventure Kloppenburg, uno de los expertos en la preparación del Concilio, me dio una acreditación de periodista, con la que podría entrar en la Basílica. Acabé poniéndome más cerca del Papa que todos los cardenales, arzobispos y obispos.

Este hecho me pone ahora en el compromiso y el empeño de trabajar para que la memoria del Concilio no se pierda. Con esta intención he escrito un pequeño libro, titulado: “Revisitar el Concilio Vaticano II”, donde explico brevemente, de manera sucinta, el rico proceso conciliar. Él puede ayudar. En cualquier caso, estoy pagando el precio de haber escrito el libro: en ese año de jubileo del Concilio tengo la agenda llena y apretada de reuniones y encuentros para reflexionar sobre el Concilio Vaticano II.

1. LOS PRIMEROS FRUTOS DEL JUBILEO DEL CONCILIO. ALGUNAS CONSTATAIONES

Los diversos momentos de reflexión sobre el Concilio, ya me permiten percibir algunas observaciones interesantes.

En primer lugar, la gente sencilla, los laicos, los jóvenes, cuando toman conocimiento de lo que fue el Concilio, del clima de apertura, de participación y esperanza que generó, hacen que se den cuenta de que el Concilio fue una gracia de Dios. “Sólo con la ayuda de Dios fue posible la celebración de un Concilio como éste!”, esta es una de las constataciones que las personas hacen.

Juan XXIII reconoció en la rápida adhesión de la gente, del pueblo, un signo de la voluntad de Dios. Ahora, me parece importante constatar que la gente también hoy reconoce que la mano de Dios estuvo presente en este Concilio. Por lo tanto, no podemos descartar, despreciar o relativizar demasiado el Vaticano II!

Otra constatación se refiere a la consistencia de este Concilio: fue un Concilio “para valer” en serio! Tomó un tema denso, la Iglesia, en la amplitud de sus diversas dimensiones. Un Concilio, por tanto, que necesita tiempo para ser asimilado y aplicado. En este sentido, es claro que el Vaticano II desencadenó un proceso que todavía está abierto. Ya sea o no convocado un nuevo Concilio, es importante sostener el proceso iniciado por el Vaticano II.

Pero la constatación más fecunda es que este Concilio debe ser mirado con grandeza de alma. Aunque condicionado por diferentes circunstancias históricas, sólo nos situamos adecuadamente frente al Concilio Vaticano II reconociendo correctamente sus grandes intenciones y su mentalidad abierta, su apertura de espíritu.

El Concilio no fué un meteorito extraño, que pasó cerca de nuestro planeta, y poco a poco fue desapareciendo en el horizonte. La celebración de su jubileo parece confirmar su validez. El Vaticano II fue un momento de intensa vivencia eclesial, que ahora necesita integrarse en la dinámica de la vida de la Iglesia.

2. EL CONCILIO Y LA IDENTIDAD DE LA IGLESIA EN AMÉRICA LATINA

La Iglesia en América Latina abrazó al Concilio con gran generosidad y disposición. Incluso antes de la conclusión del Concilio, Dom Larrain y Dom Helder Camara llevaron a Pablo VI la sugerencia de celebrar una gran reunión, para adaptar el Concilio a la realidad propia de América Latina. Fue con esta intención

con la que se realizó la Conferencia en Medellín. Ella ya fue pensada y diseñada de acuerdo con el espíritu del Concilio, que había sentado las bases para una descentralización legítima de las estructuras eclesiales, en vista de la encarnación de la Iglesia en las realidades locales.

El Concilio Vaticano II encontró la Iglesia en América Latina en pleno proceso de afirmación de su propia identidad eclesial. El Continente latinoamericano y la Iglesia en América Latina estaban despertando para asumir su propia identidad, liberándose de dependencias históricas, que en muchos aspectos habían impedido la afirmación de su autonomía. La cuestión central es comprobar en qué medida la aplicación del Concilio estimuló esta identificación, o cómo esta identificación se vio obstaculizada.

En primer lugar, es necesario reconocer que el Concilio se constituyó en un factor de gran estímulo para el proceso de descentralización de la Iglesia. El Concilio ofreció el soporte teológico que permitía el sueño de una saludable diversidad de las Iglesias Locales, que irían enrique-

ciendo a la Iglesia Universal, por sus fisonomías eclesiales propias.

Por esto, los líderes episcopales de América Latina aceleraron la recepción del Concilio, realizando una “Conferencia General”, que asumiría la forma de una especie de “Concilio Regional”, para asimilar las grandes intuiciones del Concilio Vaticano II en el contexto de la realidad latinoamericana.

El Continente latinoamericano tenía sed de autonomía política y de afirmación de su identidad. La Iglesia estaba dispuesta a abrazar las causas del pueblo, contribuyendo con su presencia de servicio y ofreciendo la riqueza de su fe, que alentaba la integración de los valores culturales y humanos en su fisonomía eclesial. En este contexto, el Concilio llegó con su incuestionable autoridad, como garante de este proceso de identificación continental, tanto desde el punto de vista político como eclesial.

El Concilio Vaticano II vino a fecundar el proceso libertador de América Latina, con la participación de la Iglesia en forma intensa. El Vaticano II encontró la Iglesia en América Latina des-

pertando para su autonomía y su propia identidad.

El Concilio animó este proceso, y la Iglesia en América Latina abrazó el Concilio, sin calcular la resistencia que encontraría, tanto dentro de sí misma como fuera, por parte de quien se sentía obligado a continuar tutelando la Iglesia en América Latina en la suposición de que la Iglesia no había alcanzado aún su madurez.

En primer lugar, por lo tanto, el Concilio despertó a la Iglesia en América Latina, animándola a asumir su propia identidad, de forma autónoma y responsable. Al mismo tiempo, comenzaron temprano las resistencias a este proceso, particularmente frente a algunas expresiones eclesiales que se convertirían en características de la Iglesia en América Latina, y que se pueden enumerar así:

- Las Comunidades Eclesiales de Base
- La opción por los pobres
- La Teología de la Liberación
- La lectura popular de la Biblia.

Estas cuatro expresiones eclesiales se relacionan muy bien entre sí y se apoyan mutuamente. Sería interesante analizar de

dónde brotan sus motivaciones, y cómo se explican las reacciones que generan.

Tal vez la más controvertida de todas, la Teología de la Liberación, es la que más puede encontrar su justificación. Los pueblos de América Latina, sus países, la misma Iglesia, estaban viviendo un proceso libertador que necesitaba con urgencia ser sustentado en sus motivaciones. Necesitaban de una “Teología de la liberación”, solicitada por un proceso que el Concilio incentivaba, de atención a los “signos de los tiempos”, con la recomendación de asumir y abrazar las causas de las personas, como “Gaudium et Spes” había afirmado muy claramente. Quién combatía la teología de la liberación, demostraba no comprender las razones profundas de su urgencia y de su importancia. Así, en el momento de aplicar el Concilio, fueron apareciendo las resistencias a su proceso eclesial.

Análisis semejante podría hacerse acerca de las “comunidades eclesiales de base”. Para la gente que quería ser Iglesia, la manera próxima de alcanzar este deseo era organizarse en “pequeñas comunidades de base”, como “células estructuradoras” de la Iglesia.

Comunidades Eclesiales, sí, pero al mismo tiempo, se sentían insertas en la realidad, donde la fe llevaba a sus miembros a asumir también los compromisos de orden político y social, impulsando un proceso de liberación integral. Quien vino a luchar contra ellas, sospechando de su autenticidad cristiana, no entendía la motivación que las animaba. O entendía, sí, y se daba bien cuenta de que las comunidades eclesiales eran un factor de profundos cambios políticos que contradecían los intereses de aquellos que las combatían.

Se podría profundizar el análisis de los enfrentamientos eclesiales, que a partir de estas cuatro características de la Iglesia en América Latina, estaban teniendo lugar. Hecho con mente abierta, con la grandeza de espíritu que inspira el Concilio, este análisis podría ayudar a comprender mejor los desafíos que la Iglesia de América Latina aún enfrenta.

3. “UN CONTINENTE QUE QUIERE SER CRISTIANO, UN PUEBLO QUE QUIERE SER IGLESIA”

A partir de reflexiones hechas a lo largo de varios momentos vi-

vidos en América Latina, y especialmente de mi participación en las Conferencias de Santo Domingo y Aparecida, y el Sínodo de las Américas, llegué a esta síntesis:

“Vivimos en un Continente que quiere ser cristiano, y tenemos un pueblo que quiere ser Iglesia”.

Esta constatación tiene que inquietar a la Iglesia, y dejarnos inquietos con la urgencia de adecuadas respuestas pastorales.

En un Continente que, al menos por ahora, se declara a sí mismo como cristiano, sentimos la urgencia inmediata de un amplio proceso de evangelización, que fortalezca esta profesada identificación. ¿Cómo atender a esta sed de identificación cristiana, manifestada por el Continente?

En América Latina, el pueblo, las personas, quieren ser Iglesia. No es difícil comprobar esta verdad, dado el suceso de miles de expresiones eclesiales que hoy existen en los países latinoamericanos. Esto hace de nuevo pensar en las comunidades. Ellas precisan ser accesibles para las personas, de tal manera que las personas puedan ser fácilmente insertadas en la Iglesia, a través

de comunidades que están próximas y bien unidas, de ministerios necesarios para su eclesialidad.

Aquí aparece nuevamente la conveniencia de un análisis de mayor profundidad, para entender los impases eclesiales experimentados por nuestras comunidades, derivados de la falta de estímulo o de la desconfianza frente a las comunidades eclesiales de base.

4. LA VISIÓN DE LA IGLESIA COMO PUEBLO DE DIOS

La visión de la Iglesia como “pueblo de Dios” encontró una rápida y pronta acogida en América Latina. Esta opción de privilegiar la visión de la Iglesia como Pueblo de Dios tuvo un gran impacto y repercusión en todo el Concilio. Tanto, que fue comparada con la famosa “revolución copernicana”. Copérnico demostró que no es el Sol el que gira alrededor de la tierra, sino la tierra la que gira alrededor del sol.

Así, la centralidad de la Iglesia no está en la jerarquía, sino en el pueblo de Dios, que incluye a todos los miembros de la Iglesia, de manera igualitaria y fundamental, y al servicio del cual está la jerarquía. Con la introducción del

capítulo sobre el Pueblo de Dios, antes del capítulo sobre la jerarquía, el Concilio hace una clara opción por una visión bíblica y al mismo tiempo, histórica de la Iglesia.

La visión de la Iglesia Pueblo de Dios en el Concilio Vaticano II tiene una centralidad, cuyo alcance puede escapar de un análisis superficial de la eclesiología del Vaticano II. El actual Capítulo 2 de la *Lumen Gentium*, sobre la Iglesia pueblo de Dios, tiene una clara centralidad. Permite poner a la Iglesia en su relación histórica con la diversidad de los “pueblos, naciones y lenguas”, en su encarnación concreta y sus alrededores con la realidad histórica donde se encuentra la Iglesia.

Por lo tanto, parece errónea la interpretación divulgada a partir del Sínodo especial del aniversario conmemorativo de 20 años del Concilio en 1985, que habría relativizado la visión de Iglesia Pueblo de Dios, para resaltar la dimensión de la Iglesia como misterio de comunión. La declaración del Concilio, para ser bien entendida, debe estar ubicada en el contexto histórico en el que se formuló. Sirvió para fundamentar una nueva visión de Iglesia, que venía al

encuentro de las altas expectativas de renovación eclesial que el Concilio había desatado.

La visión de la Iglesia Pueblo de Dios atraviesa todos los documentos conciliares, y revela una insistencia deliberada. Siempre que se habla de Iglesia o de una dimensión relativa a la vida de la Iglesia, luego se resalta su universalidad eclesial, que la visión del Pueblo de Dios facilita. Esto se traduce en una especie de advertencia del Concilio, al expresar claramente que “todos somos Iglesia”, y que los dones concedidos a la Iglesia son destinados a todo el Pueblo de Dios.

Así, por ejemplo, en la propia *Lumen Gentium*, antes de hablar de los religiosos, que tienen la vocación de dar testimonio de la santidad de la Iglesia, el Concilio tomó la precaución de anteceder al capítulo de los religiosos, el capítulo sobre la vocación universal a la santidad.

En la Conferencia de Aparecida, se percibió la diferencia que la gente hace acontecer. En Santo Domingo sólo se veía a la gente desde lejos. En Aparecida, los peregrinos venían todos los días a participar en la Eucaristía en

el santuario. Su testimonio de fe sencilla y auténtica, simplemente cambió el ambiente de la propia Conferencia. El ejemplo de las personas sencillas convirtió a los obispos.

En la medida en que la Iglesia de América Latina se mantenga cerca de la gente, mayor será la certeza de su autenticidad, y más podrá contar con la gracia de Dios en su caminar.

5. LA COLEGIALIDAD EPISCOPAL, EXPRESIÓN DE LA RESPONSABILIDAD ECLESIAL

Otra afirmación importante del Concilio, que debe ser confrontada con la Iglesia de América Latina, es la definición de la colegialidad episcopal, en el capítulo 3 de la *Lumen Gentium*. En este capítulo, el Concilio analiza y define la naturaleza y la misión del episcopado, entendido como un sacramento con dimensión eclesial muy clara y fundamental.

Teniendo en cuenta el formato que Cristo dio a su grupo de Apóstoles, el primero y fundamental “Colegio Episcopal,” la Iglesia desea hacer hincapié en su continuidad, en la misma comunión y en la misma misión. La misión confia-

da a los Doce, comporta la comunión y la igualdad entre ellos, y al mismo tiempo la misión propia confiada a uno de ellos, Pedro, al servicio de la unidad y la fidelidad de todos los demás.

Esto es lo que la Iglesia profesa en la forma de «primado y colegialidad», que el Concilio Vaticano II expresó y definió claramente. Para la vida de la Iglesia son esenciales tanto la dimensión de la colegialidad, como la dimensión de primado. Ambos están al servicio de la comunión eclesial y de la fidelidad a Cristo. Cuando se rompe este equilibrio entre Primado y Colegialidad, la Iglesia queda expuesta a rupturas, fáciles de romper y muy difíciles de superar más adelante.

En una de las conferencias durante el Concilio, dada por la CNBB en Roma en la Domus Mariae, un obispo ortodoxo presentó su lectura histórica de las grandes divisiones que se produjeron en la Iglesia, como consecuencia del ejercicio inadecuado de la colegialidad y del primado. Dijo que la ruptura con los ortodoxos, en 1054, se dio por no haber apreciado al primado. La colegialidad se

exageró. A continuación, el Occidente, dejado sólo con el ejercicio del primado, condujo a la ruptura protestante, por la falta de colegialidad vivida al servicio de una descentralización sana de la Iglesia que podría haber ocurrido sin la ruptura protestante.

En cualquier caso, el punto de vista correcto de la colegialidad y de la visión de la Iglesia como Pueblo de Dios, derivan de las grandes intuiciones pastorales del Concilio Vaticano II. En particular, la importancia de las Iglesias Locales, como la encarnación de la Iglesia en las realidades donde ella se inserte, en la diversidad de razas y culturas. Y también, la importancia de las comunidades eclesiales, donde el Evangelio puede ser vivido en la práctica de la vida diaria y de la inserción en el mundo.

La Iglesia de América Latina nunca puso en duda la importancia del Primado de Pedro, expresado en la figura del Papa. Será que no estaría en la hora de dejar más espacio para el ejercicio de la colegialidad, inclusive para que la Iglesia Católica de América Latina esté en condiciones de ir al

encuentro del pueblo que quiere participar activamente en la vida de la Iglesia y no puede encontrar espacio en las estructuras existentes que la Iglesia le ofrece?

6. CONTRIBUCIÓN DE LA IGLESIA EN AMÉRICA LATINA A LA IGLESIA UNIVERSAL

En la Conferencia de Santo Domingo, el Papa Juan Pablo II lanzó por primera vez la idea de hacer una reunión en forma de un “sínodo continental”. La primera reacción fue de desconfianza, la sospecha de que el Papa estaba declarando el final de nuestras “Conferencias Generales Latinoamericanas”. Lo que no se comprobó, como sucedería con mucho provecho, en la Conferencia de Aparecida.

Pero el hecho que a mí me parece innegable es éste: fue la experiencia de nuestras Conferencias Generales la que inspiró a la Iglesia a llevar a cabo los diversos “sínodos continentales,” que fueron ocurriendo en la preparación para el Jubileo del año 2000, y aún permanecen como referencias especiales en el contexto de las muchas iniciativas que surgieron después del Concilio. Esto plantea la cuestión de la

importancia de la Iglesia de América Latina, en el conjunto de la Iglesia Universal. Una comprobación objetiva de esta importancia está dada por la estadística, que evidencia claramente el aumento proporcional de los católicos en América Latina.

Pero la importancia de la Iglesia de América Latina no es sólo de orden estadística. En la difícil tarea de abrir el camino para una fecunda diversidad eclesial, la Iglesia de América Latina podría servir como un buen campo de experimentación. Pues ella guarda con nitidez los rastros de su lugar de origen europeo, y al mismo tiempo ostenta, con alegría, las características heredadas de las poblaciones indígenas, enriquecidas con el aporte de otros grupos étnicos, entre los que se destacan rasgos africanos, esenciales para la comprensión de la verdadera identidad de la Iglesia de América Latina, en su unidad y al mismo tiempo su rica diversidad.

La Iglesia entera ganaría con el fortalecimiento de la identidad propia de la Iglesia en América Latina, que podría poner a disposición de la Iglesia Universal los carismas con que fue agraciada por Dios.

CONCLUSIÓN

La Iglesia de América Latina acogió el Concilio Vaticano II de forma inmediata, generosa y eficaz. El Concilio ha reforzado la identidad propia de la Iglesia latinoamericana.

Pero el proceso de renovación conciliar no se ha agotado. Él necesitaría de un nuevo impulso para ser retomado. La celebración de los 50 años de la apertura del Concilio puede llegar a ser una buena oportunidad para una nueva confrontación del Concilio con la Iglesia de América Latina, recuperando las grandes intuiciones pastorales, y superando las desconfianzas que dificultaron la implementación más profunda del Concilio.

Identificar los puntos principales que necesitan ser retomados, es sin duda un motivo para estimular un diálogo abierto y responsable sobre el presente y el futuro de la Iglesia en América Latina.